

ralmente entre todas las naciones, tanto del antiguo como del nuevo mundo, se encuentran templos erigidos en honor de ella, víctimas inmoladas al pié de sus altares, himnos para celebrar sus alabanzas, oraciones para solicitar sus beneficios, fiestas solemnes en accion de gracias, y en fin sacrificios expiatorios. ¿Y no supone todo esto la creencia en un Dios del que debemos adorar la grandeza, bendecir la bondad, implorar la clemencia y desarmar la justicia? ¿Y este conjunto de exterioridades no compone precisamente el culto externo y público cuya necesidad intentamos establecer? ¿Cuál es el pueblo civilizado que se haya limitado á solo el culto del pensamiento, y á esos homenajes invisibles del espíritu y del corazón? Tenemos por supérfluas mas pruebas y reflexiones sobre una materia que se refunde en las que han sido objeto de nuestras precedentes discusiones.

¿Qué nos dice en esta parte la razon sino que el hombre debe hacer á Dios el homenaje de su ser todo entero, es decir, de su cuerpo igualmente que de su espíritu? No somos puras inteligencias independientes de las cosas sensibles, ni vivimos solo de pensamiento y de ideas: tenemos un cuerpo y órganos de que nos servimos

hasta para el egercicio de nuestras facultades intelectuales. ¿Y nos desentenderémos de nuestro cuerpo tan solamente cuando se trata de la Divinidad y de los homenajes que le son debidos? ¿ó no será mas justo hacerle servir al culto de su Criador por los actos exteriores y sensibles, de que únicamente es capaz? No nos engañemos, señores, no para ensalzar la dignidad del hombre le atribuyamos una perfeccion quimérica, ni le creamos de tal modo desprendido de los sentidos y de la imaginacion que pueda fácilmente no necesitar de su influencia. ¿Qué resultaria si se limitase el culto de la Divinidad á los homenajes puramente interiores? Muy pronto se debilitarian los sentimientos de piedad hasta llegar á apagarse enteramente. En efecto, sin las prácticas exteriores que los excitan, los conservan y los fortifican, serian tan solo cierta cosa lánguida, vaga y superficial. En vano la falsa delicadeza y una desdeñosa presuncion de ingenio aparentan considerar los ritos sagrados, la pompa de las ceremonias, las posturas deprecatorias, los cánticos sagrados y las decoraciones de los altares como prácticas pueriles y ridículas: la experiencia nos enseñará siempre que si todo esto no es la religion misma, es á lo ménos lo que la alimenta y sostiene; que sin las

exterioridades y prácticas santas de la religion se borraría su espíritu y se perdería su gusto entre los pueblos; que la piedad sincera reside ciertamente en el corazon como en un santuario impenetrable, y solo conocido de Dios; pero que á pesar de todo llegaría á ser un vano fantasma si el culto público no la fijase, la recordase, la inculcase y, digámoslo así, la realizase. Todo ese supuesto culto del pensamiento se reduciría á algunas ideas metafísicas sobre la Divinidad, que no arreglarían los afectos, ni la conducta: por esto los filósofos religiosos que quieren una religion sin culto, son parecidos á aquellos filántropos que predicán el amor de los hombres sin practicar ningun acto de humanidad, ó á los políticos que quisieran sí un cuerpo social, pero sin ninguno de los vínculos exteriores que deben unir y estrechar entre sí á todos sus diferentes miembros. Es preciso tratar al hombre tal como es; y ya que su entendimiento es débil, ligera su imaginacion y su corazon fácil á extraviarse, no despreciar ninguno de los medios que pueden fijar su inconstancia, excitar su atencion y alimentar su alma de sentimientos de piedad.

No es esta la ocasion de desenvolver toda la excelencia y las ventajas del culto cristiano en

particular, lo que será materia de otro discurso. Ahora me limito á hacer algunas reflexiones generales. Figuraos unos templos y asambleas religiosas en las que cuanto se ve y se oye, debe naturalmente excitar impresiones saludables: allí los cánticos graves y puros, las ceremonias tiernas, un aparato augusto, el recogimiento y el silencio penetran las almas y las convidan á la meditacion: allí se apaciguan las pasiones, y avivándose la idea de la Divinidad, obliga al vicio á avergonzarse, reanima la virtud, consuela la desgracia, y prepara al hombre á los afectos dulces, al olvido de las injurias y al cumplimiento de los deberes ordinarios de la vida. Si la religion conserva la moral, puede decirse tambien que el culto conserva la religion, le da un cuerpo, y la hace sensible y popular. Es la expresion visible de la creencia y de las reglas de las costumbres, y como una serie de cuadros expuestos á la vista de todos, en que sin esfuerzo ni trabajo pueden ver la doctrina que deben creer, y los preceptos que deben observar. ¿Y porqué ha de censurar el deista en la religion lo que aprueba en las cosas humanas? Me explicaré. ¿Se han contentado acaso en la sociedad civil con dictar leyes, dar á conocer sus ventajas, y recomendar su fiel

observancia? No, ciertamente: se ha conocido que para darles mas fuerza y mas imperio era preciso rodear á sus depositarios y sus órganos de cuanto puede atraerles las miradas y los homenajes de la muchedumbre. ¿Qué sucederia si se despojasen las leyes y la autoridad pública de esas exterioridades imponentes que tanto ocupan la imaginacion de los pueblos, que parecen añadir alguna cosa á la realidad de los objetos, é infunden de este modo mayor respeto en las almas? Muy luego veriamos relajarse los vínculos de la dependéncia y subordinacion, caer las leyes en desprecio y estallar por todas partes el espíritu de audacia y de rebelion: del mismo modo si la religion estuviese despojada de todo culto exterior y abandonada al capricho de cada individuo, la veriamos debilitarse por grados, perder su ascendiente sobre las almas, y desterrándose de los hábitos y conducta de los hombres, borrarse casi de su memoria. Veamos ademas lo que sucede en las ciencias, en las letras y las artes. ¿Qué esfuerzos no se han hecho en nuestros dias para facilitar los medios de instruccion y hacer como palpables las investigaciones y conocimientos del entendimiento humano? No solamente ha grabado el buril la figura de las

plantas y la de los animales con una minuciosidad y perfeccion maravillosas, sino ¿cuánto no se ha ideado para dar una figura visible á los conocimientos históricos, geográficos y gramaticales? ¿Qué de cuadros para hacer perceptible á la vista lo que parece que solo debia ser comprendido por el entendimiento? ¿Y tan solo al tratarse de la religion se la querrá despojar de cuanto habla á los sentidos y á la imaginacion, y puede hacerla penetrar mas fácil y profundamente en los corazones? ¿Qué inconsecuencia!

¿Y quién por otra parte no advierte que limitar el culto de la Divinidad á los homenajes interiores, es desconocer la naturaleza del hombre, y obligarle á rechazar ese instinto y ese sentimiento mas fuerte que todos los sofismas, y que domina á toda la especie humana? ¿Quién de nosotros no percibe perfectamente el íntimo enlace que hay entre los afectos del alma y su manifestacion, y que es imposible al hombre estar penetrado vivamente de un sentimiento sin expresarle exteriormente? ¿Quién es en efecto el hombre compasivo que no da pruebas de su piedad hácia los desgraciados? ¿Quién el hijo respetuoso y tierno que no hace brillar la piedad filial, y qué pueblo ha honrado nunca á

sus magistrados sin darles testimonios visibles de consideracion y de respeto? ¿Y podrán ser sinceros los sentimientos religiosos de nuestros corazones, y no manifestarse exteriormente? Esto no es natural. ¡Cómo! ¿podré yo adorar interiormente á Dios como á mi Criador y árbitro de mi destino, y no me he de complacer en pagarle públicamente el tributo de dependencia? De tal modo han reconocido los pueblos la legitimidad de este homenaje, que todos se han apresurado á ofrecerle las producciones de la tierra, las primicias de las mieses y cuanto servia para su uso, llegando extraviados por un falso celo hasta inmolarle víctimas humanas. ¡Celo bárbaro de que solo el cristianismo ha libertado las diversas regiones de la tierra, á medida que ha penetrado en ellas; pero celo que atestigua cuán íntimamente convencido ha estado el hombre del supremo dominio que Dios tiene sobre él como sobre los demas seres! ¿Y qué imposible me es no reconocer en el fondo de mi corazon á Dios como á mi bienhechor! Cuando las maravillas de la naturaleza que tanto nos arrebatan, cuando esos frutos de la tierra que proveen á nuestras necesidades, los animales que nos auxilian en nuestros trabajos, el dia que nos ilumina, el pan que nos alimenta,

el vestido que nos cubre, este cuerpo con órganos tan bien adaptados á todas las funciones de la vida, y en fin, este entendimiento que puede elevarme hasta su Criador, son dones recibidos todos de su liberalidad; cuando su amor me rodea por todas partes, y me hallo como sumergido en el oceano de su bondad; cuando creo todo esto y lo siento interiormente, ¿quereis que no celebre sus beneficios, ni convide á mis semejantes á participar de mi admiracion y de mi reconocimiento? Seria condenarme á ser ingrato. El rey Profeta no hacia mas que seguir las impresiones de la naturaleza cuando exclamaba enagenado: „¡O alma mia, da grácias á „la bondad de tu Dios: celebren á porfia todas „tus potencias su nombre y sus favores.” *Benedic, anima mea, Domino: et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus* (1).

Una parte esencial del culto religioso ha sido violentamente atacada por un sofista moderno (2), imitador en esto de algunos sofistas antiguos; por lo cual es preciso justificarla en particular: hablo de la oracion. „Yo adoro á Dios, „ha dicho el incrédulo, le admiro en sus obras,

[1] Ps. CII, v. 1.

[2] J. J. Rousseau.

„y me enternecen sus beneficios; pero nada le „pido ni le ruego, porque seria dudar de su pro- „videncia y de su bondad.” ¡Hombre orgulloso á la par que miserable! ¿has olvidado tu dependencia y tu nada? Si Dios es nuestro padre, ¿no es tambien nuestro Señor? Y si debemos contar con su ternura, ¿no deberemos reconocer tambien su soberanía sobre nosotros como sobre el resto de la creacion? Un soberbio indigente colocado en las plazas públicas, que creyéndose con derecho á la generosidad del pasajero se desdeñase de alargar la mano para implorar su socorro, y viniese á morir de inanición, ¿no debería culpar mas bien su orgullo que la indiferencia de sus semejantes? He ahí una fiel imágen del que rehusa rogar á su Criador. La dificultad propuesta por el incrédulo ha sido discutida por dos de los mas bellos ingenios de la antigüedad cristiana, S. Gerónimo y S. Agustin. „Si exponemos á Dios nuestras necesidades, ha dicho el primero (1), no „es para referirle una cosa que ignore, sino para implorar con nuestras súplicas su asistencia.” A esta razon añade S. Agustin otra bien

(1) Comment. In Matth. cap. VI. lib. I.

digna de su corazon. „Rogamos, dice (1), para „que nuestros deseos se exciten y se inflamen „con la oracion, y dilatado por ella nuestro co- „razon, reciba con mayor plenitud los bienes que „Dios nos prepara.” Sí señores; la primera necesidad de nuestra debilidad es rogar; este es el primer grito del dolor y del infortunio. Tenemos, es cierto, la razon para conducirnos, y tenemos tambien la conciencia; pero ¿cuántas veces extravian aquellas las pasiones, y la ofusca la preocupacion, y cuántas puede ser esta el juguete de las ilusiones mas funestas? ¿Y no habremos tenido que lamentarnos mas de una vez de nuestra errónea conciencia que llama bien el mal y mal el bien? Estamos dotados de libertad; pero por esta misma razon tenemos el desgraciado poder de apartarnos del camino de la virtud. ¿Y por qué si esto es así no ha de dirigirse el hombre en estas oscuridades al Dios de las luces, y en su debilidad al Dios de las virtudes, para ser iluminado y fortificado por aquel que puede enviar la fuerza al débil, y la luz al ignorante?

Tambien cuando le pedimos algun beneficio en el órden temporal, como la cesacion de una

(1) Epist. CXXX ad probam n. XVI et XVII.

calamidad, la salud, la paz ó la abundancia; nuestra súplica es uno de los mas hermosos homenajes que podemos rendir á sus adorables perfecciones, y es reconocer que es el Señor soberano universal; que extiende á todos los seres su providencia, y puede disponer á su gusto de las causas segundas, y de todos los secretos resortes de la naturaleza, para hacerlos servir por medios invisibles al objeto mismo de nuestras súplicas. Es muy grato pensar que Dios ha enlazado en los designios de su providencia el mundo moral al mundo físico, y ha querido hacer depender aun sus favores temporales de nuestra felicidad en pedirselos. Si señores, desde el seno de su eternidad lo ha previsto y dispuesto todo; aun todavía no existíamos, y ya nos veía en su ciencia infinita: nuestras súplicas estaban ya ante su trono; y cuando en el tiempo las atiende y hace concurrir con ellas ciertos sucesos, no hace mas que desplegar el orden de sus designios eternos, y nosotros no hacemos mas que cumplir la condición á que habia sujetado sus dones. No hay cosa alguna que no pueda oscurecerse á fuerza de sutilezas; pero felizmente el autor de la naturaleza ha puesto en nosotros un nó sé qué mas fuerte que todos los sofismas, y que tiene al género humano

inviolablemente adherido á ciertas verdades necesarias á su felicidad. Si señores, á pesar de los falsos sabios y de sus libros, siempre la naturaleza hablará al hombre en un lenguaje que el hombre entenderá: siempre el sentimiento de la Divinidad grabado en nuestras almas las arrastrará á adorarla, á temerla, á amarla é invocarla: siempre veremos familias desconsoladas al rededor de un padre que temen perder, pedir la conservacion de sus dias al que es Señor de la vida y de la muerte: siempre los habitantes de los campos pedirán al cielo fecundice sus sembrados y liberte de la tempestad el fruto de sus trabajos, y siempre los amigos le rogarán por sus amigos ausentes. ¿Y quién es el impío que aun á pesar suyo no habrá hecho ruegos semejantes, y que sin pensar en ello no haya rendido de este modo un homenaje involuntario, un culto á la Divinidad? ¿No sabemos que mas de una vez se vió á Juan Santiago olvidar en nuestros templos sus frios argumentos contra la oracion, y siempre inconsecuente orar él mismo con la efusion de una alma enternecida?

Ya es tiempo, señores, de terminar el presente discurso sobre el culto religioso. Esta es nuestra duodécima conferencia, y hasta ahora tan solo os hemos hablado de aquellas primeras ver-

dades que seria vergonzoso desconocer, y todavía mas vergonzoso impugnar. Parece que hemos olvidado que nuestra palabra se dirige á una asamblea cristiana; pero las tinieblas de la incredulidad son para los entendimientos de nuestros dias lo que fueron en otro tiempo para los pueblos las tinieblas del paganismo. La razon se ha corrompido, toda verdad se ha alterado, y es preciso que en la capital del reino cristianísimo se exprese el ministro de Jesucristo en un lenguaje que hubiera podido usar hace diez y ocho siglos un filósofo sensato en Atenas ó en Roma pagana. En lugar de recordar y de desenvolver los sub?imes y tiernos misterios del cristianismo, nos vemos reducidos á la deplorable necesidad de exponer y de defender los principios sagrados que son el fundamento de toda moral y de toda virtud. La Iglesia cristiana acostumbra cubrir en estos dias santos (1) las imágenes piadosas que decoran sus templos y sus altares, en señal de luto y de dolor, y para inspirar en las almas una reliogiosa tristeza: y nosotros, nosotros nos vemos tambien como obligados á echar un velo sobre el Evangelio, y sobre esa cruz que ha llegado á ser una locura para ciertos

(1) Este discurso se pronunció el domingo de Pasion.

cristianos como lo fué en otro tiempo para el gentil, y en cierto modo nos vemos precisados á avergonzarnos de nuestra fe. Pero ¿qué digo, señores? ¡no permita Dios que nos avergoncemos del Evangelio, *non erubescio Evangelium*, y desgraciado el pueblo que de tal modo haya abusado de él que no sea ya digno de oírle! No es ciertamente avergozarnos de él abrirle el camino y disponer los corazones á dejarse penetrar mejor de sus divinas lecciones, disipando primeramente las preocupaciones que podrian ofuscarlos.

Mas adelante, y en tiempo oportuno, mostrémos á este auditorio esa cruz que ha subyugado á los sabios lo mismo que al pueblo, y la verémos rodeada de todos los trofeos de su gloria, y de las victorias que ha alcanzado por espacio de diez y ocho siglos. Entre tanto tenemos presente que el apóstol mas celoso de los misterios de la cruz, San Pablo, sabia usar de un prudente temperamento, y que no habló ante el areópago, como hubiera podido hacerlo en la asamblea de los prefectos. Cuando las conmociones mas violentas han estremecido hasta los cimientos del edificio, ¿no deberémos trabajar ante todo en afirmarlos, para no reedificar en vano sobre ruinas y cenizas?